

BIELORRUSIA

LA PRIMAVERA DE MINSK

La primavera ha llegado a Bielorrusia en pleno mes de agosto, cuando nos estabamos acostumbrando a la ausencia de noticias debido a la pausa veraniega en Europa y a la rutina macabra de la pandemia, con su aluvión monótono de casos y fallecidos.

La crisis comenzó el 9 de agosto de este año, cuando Bielorrusia celebraba unas elecciones transcendentales en las que por primera vez en 26 años una candidata de la oposición, Svetlana Tíjanovskaya, tenía serias posibilidades de ganarse al actual presidente Aleksandr Lukashenko. De hecho, según la oposición, el presidente Lukashenko las habría perdido claramente y perpetró un fraude masivo. A partir del momento en que se conocieron los resultados supuestamente fraudulentos, comenzaron las protestas en la calle y el pueblo bielorruso, cansado de esperar en la cola de la historia, se echó a las calles demandando la dimisión del último dictador de Europa y elecciones libres.

La reacción del régimen fue brutal, desmedida y muy violenta, enviado a los cuerpitos antidisturbios fuertemente pertrechados para reprimir a los manifestantes, utilizando incluso fuego real y armas de guerra. Tres muertos, centenares de heridos, un número indeterminado de desaparecidos y al menos 7.000 detenidos, casi todos ellos torturados y golpeados hasta la saciedad por una de las policías más salvajes jamás vista en el continente. Fue el resultado de las órdenes dadas por Lukashenko para acallar a su pueblo, en un gesto que le revela como un dictador sin escrúpulos y sin piedad con tal de seguir en el poder.

Las imágenes de jóvenes torturados, de mujeres golpeadas sin miramientos, de ancianos detenidos y de un sinnúmero de escenas propias de otros tiempos, junto con la exhibición de una fuerza bruta por parte de la policía sin parangón en la Europa del siglo XXI, han provocado el repulido generalizado de casi toda la sociedad internacional si

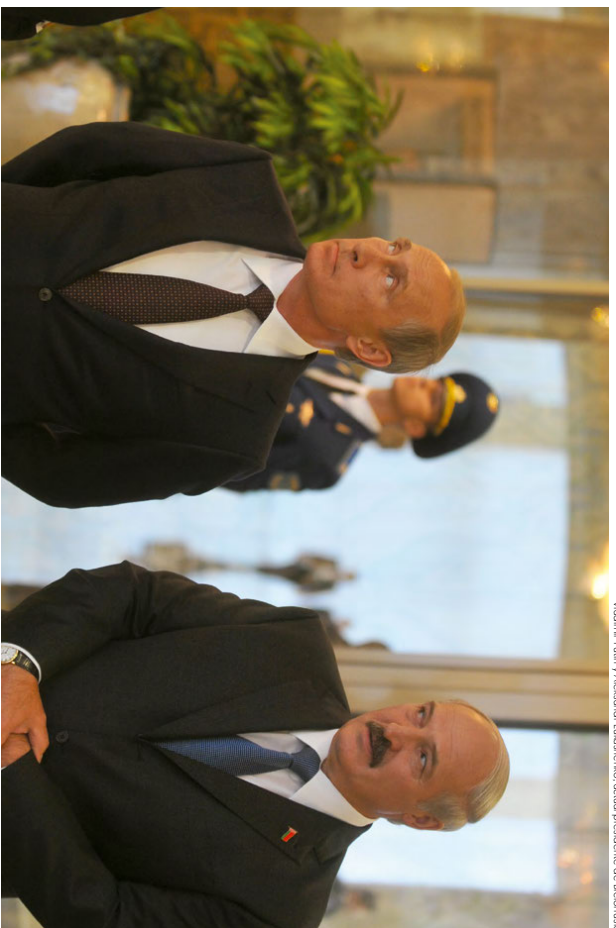
exceptuamos al sátrapa de Caracas, Nicolás Maduro, amigo por ciento de Lukashenko, con quien comparte sus métodos, y el silencio casi cómplice del inquilino del Kremlin, el sibilino y astuto Vladimir Putin. ¿Que estará tramando el inquilino del Kremlin?

Incluso la candidata opositora, junto con una parte de su equipo de campaña, fue detenida, intimidada y retenida por unas horas por la policía, de tal forma que, teniendo por su vida, Svetlana Tíjanovskaya tuvo que huir a Lituania, donde pidió asilo, y desde allí se ha dirigido a su pueblo para reivindicar su legítima victoria en las urnas frente al cruel tirano.

Sin embargo, el régimen no ha podido detener las protestas, que le han estallado hasta en lugares donde el dictador esperaba ser bien recibido, como cuando hace unos días visitó una fábrica supuestamente aún en su causa y en donde le abuchearon y le agitaron la fiesta, pidiendo su inmediata salida del poder y elecciones libres. En estos días, el clima de exaltación nacional y las ansias de libertad del pueblo bielorruso no se han detenido y la oposición, que ya creado una suerte de consejo de coordinación para que lidere una futura transición, no parece dispuesta a rendirse fácilmente ante Lukashenko y parece decidida a llegar hasta el final, tal como se vio en estos días en las masivas y multitudinarias manifestaciones celebradas en Minsk.

PREVISIBLES ESCENARIOS ANTE LA CRISIS

Por ahora, el presidente bielorruso está muy solo en la escena internacional y, aunque ha pedido ayuda a Rusia, no parece que el presidente ruso vaya a cometer la torpeza de apoyar a un aliado tan desacreditado y tan tóxico como Lukashenko, cuyo resultado final sería generar serios intentos antirrusos en la sociedad bielorrusa y perder, a la larga,



Alexandr Lútin y Aleksandr Lúshchenko, actual presidente de Bielorrusia.

LO QUE NADIE QUERE, INCLUYENDO AQUÍ AL KREMLIN Y A LA UNIÓN EUROPEA (UE), ES UNA TRANSICIÓN HACIA EL ESTILO UCRAIANO, EN QUE IMPEROLA LA VIOLENCIA. ACABÓ EN UN BAÑO DE SANGRE Y PRECIPITÓ UN ENFRENTAMIENTO DIRECTO CON RUSIA

uno de los pocos aliados que tiene todavía en su área de influencia.

Lo que nadie quiere, incluyendo aquí al Kremlin y a la Unión Europea (UE), es una transición hacia la democracia al estilo ucraiano, en que imperó la violencia, acabó en un baño de sangre y precipitó un enfrentamiento directo con Rusia, que se acabó anexando Crimea e iniciando una guerra civil en Ucrania apoyando a las regiones separatistas de Donbass y Donetsk. Se trataría de buscar una vía negociada con Lukashenko que permitiera su salida

de la escena política y de paso a una transición democrática liderada por la oposición. La gran duda que gravita sobre este escenario es si Rusia, que está negociando con Alemania y Francia una salida a la crisis, estaría dispuesta a liderar ese proceso y después apoyarlo, toda vez que Putin no quiere perder su influencia en este país y sigue manteniendo esa política neoinperial sobre sus antiguos socios en la extinta Unión Soviética.

Rusia, que sigue manteniendo una notable capacidad de decisión sobre los asuntos de Armenia, Georgia, Moldavia y Ucrania, no quiere perder este área de influencia y,

mucho menos, que la OTAN y la UE sigan extendiendo sus fronteras hacia esos países, que sigue considerando como ligados a sus intereses estratégicos. La mejor salida, piensan muchos en Moscú, sería una salida al estilo de la Revolución de 1917 en Armenia, que acabó propiciando un cambio de gobierno en una dirección más democrática en el país pero sin cambiar la orientación prioritaria en su política exterior.

Por ahora, la oposición sigue su pulso frente a Lukashenko, desafiándole con marchas masivas, huelgas por todo el país y protestas generalizadas en todas las ciudades, y la primavera de Minsk no ha concluido todavía. ¿Cómo acabará? La situación es muy volátil, las espaldas siguen en alto y el dictador se ha atrincherado en su búnker sin ánimo de ceder ni de negociar nada con la oposición, apelando a una defensa numantina del régimen utilizando todos los medios a su alcance y sin desdénar la violencia para imponerse a sus detractores. Esperemos que impere el sentido común, pero, dadas las escenas de brutalidad y violencia política que hemos visto en estos días en las calles de Minsk, no debemos descartar un baño de sangre al estilo 'Banamero' o la disolución, como un zarzavillo, de este movimiento de protesta sin resultados tangibles sobre el terreno. Veremos qué pasa, ¡atenos! 🇹